



❖ **Tercera Tentación de Jesús: "Tibi dabo..." Mt 4,9** ❖

Imagen:

Evangelario de Brandenburg, ca. 1200

Breve introducción a la iconografía de la Tercera Tentación de Jesús

Las seducciones del mundo, “las imágenes tentadoras”, fueron presentadas en la Edad Media con diferentes formulaciones iconográficas. En las representaciones antiguas se encuentra la elaboración de los símbolos más heterogéneos de la riqueza, como también algunos signos del poder. Se trata, por así decirlo, de formas primitivas de las “vanitas”, que en el barroco se desarrollaron muy profusamente. Más tarde estas seducciones son presentadas como ricas ciudades y como “paisajes mundanos” escenificados de forma atractiva. Su desarrollo es tratado minuciosamente desde el transcurso de la argumentación teológica así como desde la fuerza imaginativa artística. Con la mirada puesta en la mayor parte de los ejemplos procedentes de los manuscritos iluminados se puede examinar la ideología de los tiempos del Medioevo que no eran en absoluto oscuros.

Las ilustraciones de Mt 4,8-9, superan en agudeza y fantasía las escasas palabras bíblicas. Más de un artista pasó por encima de opiniones teológicas. Evidentemente no sólo se trata de la tradición iconográfica sino también la gran variedad de nuevas formas e interpretaciones continuamente imaginadas.

La escena del Evangelionario de Brandeburg

En este Evangelionario de Brandeburg, probablemente realizado en Magdeburg en los comienzos del siglo XIII, aparece a toda página la representación de la *tercera tentación de Jesús*. Los objetos de valor de oro y plata ya no juegan ningún papel en esta escena. Aquí el pensamiento se centra en la ciudad que todo lo domina. La representación de la ciudad en el Evangelionario de Brandeburg es casi simétrica.

Después de que Jesús hubo ayunado cuarenta días en el desierto fue tentado tres veces por el demonio. En muchas representaciones medievales aparecen estas tres tentaciones de forma secuencial o al menos se hacía todo lo posible para que fuesen legibles por medio de imágenes las seducciones individuales en una composición sintética. El autor del Evangelionario de Brandeburg se decidió por otra solución. Aprovecha la mitad inferior de la imagen para una vista rica en detalles de la ciudad fortificada de Jerusalem. Tras una fuerte muralla almenada se encajan las miniaturas de casas y torres. El espléndido edificio del Templo sobresale por encima de todas ellas y en él, el investigador B. Braun-Niehr quiere reconocer el Templo de Jerusalem bajo cuya cúpula principal se recoge el velo. Este mismo Templo también puede servir para evocar la segunda tentación.

Sobre este bello bastidor arquitectónico confronta el autor a los protagonistas –sobre la cumbre rocosa de una alta montaña, según el lugar de la *tercera tentación*: el demonio en figura animal se acerca a Jesús por la izquierda ligeramente agachado. Sus grandes alas revelan que él pertenece a los ángeles condenados a consecuencia de su pecado. Con la garra izquierda el demonio presenta a Jesús, que está tranquilamente delante de él, sus exigencias escritas en una ancha cartela, que parte de un árbol, que bien podría ser una evocación del árbol del paraíso terrenal: “*Te daré todos los reinos de este mundo si Tú postrado me adoras*” (Mt 4,9). El Señor, que ya antes había rechazado convertir las piedras en panes o tirarse desde la almena del Templo y, con ello, poner a Dios a prueba, rechaza al tentador: “*¡Apártate de Mí, Satanás! Pues está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás.*” (Mt 4,10) La cartela de Jesús entre-cruz-a la declaración del demonio y hace así óptimamente comprensible, quien tiene la última palabra en este enfrentamiento.

La ciudad de Barcelona como tentación

Curiosamente se denomina *Tibidabo* a una de las más altas montañas, que se extiende al oeste de la ciudad portuaria de Barcelona. Este nombre no tiene su origen en absoluto en el lenguaje catalán. Más bien se ocultan detrás las dos palabras latinas “*tibi dabo*”, que encontramos en el Evangelio de Mateo (4,9) y en el de Lucas (4,6). Expresan la promesa del demonio “*yo te daré*”. Una leyenda local quiere hacer creer a los orgullosos habitantes de esta ciudad que el diablo no llevó al Hijo del Hombre – cuando buscaba tentarle por tercera vez– a ningún otro lugar más que a éste para hacerle divisar desde allí arriba en hermosa y engañosa apariencia una atractiva ciudad y ofrecerle con ello todas las seducciones sólo imaginables de las riquezas mundanas. El monte del *Tibidabo* mantiene vivo hasta el día de hoy el recuerdo de la *tercera tentación* de Jesús.

Conflicto medieval monasterio-ciudad

Un interpretación de la ciudad medieval sólo como semillero de vicios, como baluarte de todos los lastres imaginables, evidentemente sería excesivo. Mucho más evidente resulta la idea de la ciudad como factor de potente poder económico o como foco de disturbios, en el que estratos sociales con altas aspiraciones reclamaban nuevos derechos y ponían en cuestión antiguos reglamentos.

Ya en el “*Hortus Deliciarum*” las urbes son declaradas como corruptas y perniciosas porque están fuera del campo visual del ascetismo monástico y del aislamiento del mundo, es decir, de la fuga mundi. No en último término la carga explosiva procede de que las comunidades religiosas establecidas en lugares apartados de las ciudades

abrigan notable recelo contra las urbes porque en ellas se dan muchos vicios, afán de riqueza, deseo exacerbado de poder, relajación de la moral, espectáculos poco recomendables. El conflicto entre “monasterio-ciudad” tuvo también otras causas: como por ejemplo el que en sus escuelas catedralicias y en las nuevas escuelas municipales se propagase una teología fresca, abierta al racionalismo y al análisis dialéctico. Los benedictinos y cistercienses, puestos a la defensiva, vieron más de un motivo para blindarse contra estas nuevas tendencias. Tampoco hay que olvidar que en este conflicto “monasterio-ciudad” jugaba un importante papel el que los códices, las biblias iluminadas y miniadas se realizaban en los scriptorium monásticos, es decir, en lugares donde se vivía en confrontación con la urbe.

En los primeros años del siglo XIII se abrieron paso otra vez ideas totalmente nuevas y no menos sospechosas.

Francisco de Asís y la ciudad

Francisco de Asís (1181 – 1226) no albergaba ninguna reserva contra la ciudad y sus habitantes hipotéticamente cargados de pecados. En los círculos franciscanos tampoco se percibía ninguna voz que condenase a la ciudad en todo. Pero los adversarios de los revolucionarios franciscanos actuaban de forma muy diferente. Muy pronto pusieron en la picota a los discípulos del Poverello de Asís como perturbadores de la convivencia ciudadana, a los que culpabilizaron de mendicidad inoportuna, de ociosidad y de altanería erudita, de descomposición y perversión, desde la perspectiva del ascetismo monástico y de la fuga mundi.

El tentador con hábito franciscano



Como consecuencia lógica de lo anteriormente expuesto, y desde un conocimiento histórico, el tentador de Jesús fue representado a veces como figura hipócrita con hábito franciscano, como podemos observar en la pequeña tabla de Juan de Flandes, que escenifica en primer plano la primera tentación de Jesús, y en las tres tentaciones de Botticelli en la Capilla Sixtina, ambas obras del siglo XVI.

Desde el ámbito puramente espiritual también podemos hacer una interpretación de este “demonio vestido de franciscano” como la tentación bajo capa de bien, “sub angelo lucis”, la tentación sutil para las personas avezadas en la vida espiritual, para los ejercitantes de Segunda Semana, según los Ejercicios de San Ignacio.

www.vacarparacon-siderar.es

